

permanecer en ella mucho tiempo.

Sí, Católicos, este es el mayor escollo de los Sabios; muchas veces el estudio es en ellos una pasión violenta, que hace que todo lo abandonen, y que la sacrifiquen hasta las mas esenciales obligaciones de la virtud; y particularmente quando el feliz éxito de su estudio anima su aplicacion, se dexan llevar de la curiosidad que tan natural es al hombre, del deseo de señalarse con nuevos inventos, del temor de no perder su reputacion, sino la mantienen con nuevas producciones, y aún tambien de la utilidad que se persuaden sacará el público de sus vigilias y tareas; pero no os parezca, Señores, que abandonan de un golpe todos los ejercicios de devocion, porque esto asustaría en extremo su conciencia; empiezan practicandolos con precipitacion, para volver con mas prontitud á su amado estudio; despues continúan omitiendo algunos; y por ultimo insensiblemente vienen á parar en pasar la vida en averiguar la verdad, y olvidarse de Dios. ¡Qué diferente fue, Católicos, la conducta de nuestro Santo Doctor! Entre todas sus ocupaciones la primera y mas importante fue el cuidado de su alma. Si halla en la carrera de las ciencias aquellas espesas nubes que no puede disipar toda la perspicacia y aplicacion del entendimiento humano, no le sirve esto de pretexto para dedicarse mas tiempo al estudio, abandonando sus devotos ejercicios; por el contrario, entonces recurre á la fuente de las luces, y á la oracion; si le sucede no hallar en ella la instruccion que busca, renueva su fervor, y sufre con paciencia sus tinieblas, haciendo igual sacrificio á Dios quando se le oculta, como quando se le manifiesta; en estas ocasiones, teniendose por indigno de los favores del cielo, recurre á San Buenaventura; la virtud y merito de este grande hombre habian producido en el corazon de nuestro Santo aquel afecto amoroso, que como dice San Agustín, solamente puede ser sincero entre los Santos;

tos; el que viera á estos dos Angeles mirandose, y consultandose mutuamente para descubrir los secretos de la Divinidad, hubiera creído ver los dos Querubines del Tabernáculo que se estaban mirando, y en medio de los quales gustaba Dios de pronunciar sus leyes, y declarar sus oráculos.

No, Católicos, el deseo de adelantar en las ciencias nunca sirvió de estorvo á nuestro Santo Doctor, pues siempre observó la mas escrupulosa regularidad en los ejercicios de su estado: tenia destinadas sus horas para el estudio, pero tambien tenia señalado tiempo para cada una de las demás obligaciones. ¿De qué me puede servir, decia, la ciencia que hincha, si no tengo la caridad que edifica? El prodigioso número de sus escritos bastaria para hacer su vida, no solamente laboriosa, sino tambien muy penitente; y no obstante eso, ¿qué ayunos, qué mortificaciones no añadió á sus estudios, mas para conformarse con Jesu-Cristo crucificado, que para reducir su cuerpo á la servidumbre? Porque, Católicos, la gracia le preservó desde su niñez de aquellos peligrosos combates en que la carne se revela contra el espíritu, sin duda para que libre su alma de los negros vapores que se levantan de lo profundo de nuestro barro, pudiese aplicarse con mas libertad, y sin distracciones, á buscar la verdad; y aún quando por su sublime talento no hubiera merecido el nombre de Doctor Angélico, se le hubiera grangeado la pureza de su corazon.

Pero si quereis, Católicos, conocer bien la solida, y al mismo tiempo tierna y afectuosa piedad de nuestro Santo, y el cuidado con que trabajaba en mantenerla y aumentarla, no teneis que hacer mas que registrar aquel admirable oficio que compuso del adorable Sacramento; en él se manifiesta todo su corazon; solamente el corazon puede hablar aquel idioma de religion y de piedad; y no estando gravados aquellos sentimientos en lo íntimo del

del alma, sería imposible quererlos explicar con palabras: ¡Qué afecto y qué claridad en las expresiones! ¡Qué viveza de pensamientos! ¡Ah! vuelvo á repetir que ésta obra no es producción del entendimiento, sino puramente del corazón, y de un corazón abrasado de amor, y así, me atrevo á decir que si el cielo adornó su entendimiento con un tesoro de ciencia y de prudencia, también llenó su corazón de un tesoro de gracias y virtudes; y que si fué el mayor Doctor de su siglo, fué también el Religioso mas exácto, mas fervoroso, y mas santo de su Orden.

¡Qué exemplo, Católicos! Pero qué poco le imitamos. ¿Es este acaso nuestro modo de proceder? ¡Ah! con pretexto de que todo es lícito y aún laudable en nuestras ocupaciones, nos entregamos absolutamente á ellas, y abandonamos la oración. No hablo aquí de aquellas personas que no piensan mas que en proyectos de fortuna y ambición, y que ciñendo toda su felicidad á los estrechos términos de esta vida, se valen sin escrúpulo de los mas iníquos medios para conseguirla, sin reparar en nada: unos hombres que, como dice el Apóstol, no tienen mas pensamientos ni mas deseos que de los bienes de la tierra, no debe causar admiración que no piensen en los bienes futuros, cuya fé acaso está apagada en sus corazones: pero vosotros, Católicos, vosotros que no habeis renunciado á la esperanza de los bienes futuros; vosotros, que os absteneis del engaño, del fraude, y de la rapiña, y que os preciais de honor y probidad; vosotros cuyas costumbres son arregladas, y están distantes de todos los excesos, vosotros, que repartis al huérfano y al pobre aquella porción de vuestros bienes, que los ha destinado la providencia; ¿por qué habeis de ocupar el tiempo de tal modo que no hayais de dexar lugar para los ejercicios de la religion? Decís que la verdadera virtud consiste en cumplir cada uno con las obligaciones de su estado; convengo en ello, pero advertir que en este punto es muy de temer

la

la ilusión: el que nuestras obras sean agradables á Dios no consiste tanto en ellas mismas como en el modo de practicarlas. Aunque nuestras obras no sean contrarias á su ley, no por eso las acepta; para que las reciba es necesario ofrecérselas, y que en todo lo que hacemos le tengamos por fin, y deseemos agradarle. Pero cómo podremos cumplir con esta obligación tan esencial, siendo la oración tan rara en toda nuestra vida, y viviendo perpetuamente olvidados de Dios? Por otra parte, si la virtud consiste en el exácto cumplimiento con las obligaciones de nuestro estado, os pregunto, ¿no es vuestro estado principal el de Cristiano, y el de miembros de la Iglesia? Luego vuestra primera obligación debe ser el dar á Dios, y á la religion lo que les debeis. Es increíble á lo que llega la ilusión en este punto; y muchas almas, creyendo llevar al Tribunal de Jesu-Christo un inmenso tesoro de buenas obras, no hallarán allí mas que un funesto vacío, y un tesoro de indignación, que las consumirá eternamente. Pero volvamos á nuestro asunto: ya habeis visto como la virtud sirvió de guía á nuestro Santo Doctor en el estudio de las ciencias, ahora os manifestaré como el uso de estas mismas ciencias le confirmó en la virtud.

SEGUNDA PARTE.

EL día, dice el Profeta, instruye al día, y la noche dá funestas lecciones á la noche. Si la codicia os ha servido de motivo para dedicaros á las ciencias, no tendreis mas fin que la codicia en el uso que hagais de ellas. Porque primeramente, si entrasteis en este estudio por aquel secreto camino que os franqueó un vil interés, sereis unos Doctores venales, vuestra fortuna será la que decida de vuestras sentencias; os sucederá con vuestras doctrinas lo que sucede á los Pintores con la luz, que no buscan precisamente la mas clara, sino la que mas se acomoda para hacer agradable su pintura. Este es el primer escollo en el

el uso de las ciencias, el que nace del primer escollo de que acabamos de hablar en su estudio. En segundo lugar, si no habeis tenido mas fin que contentar una vana curiosidad, hareis vanidad de vuestra ciencia, os preciareis de la obra de vuestras manos, sereis unos Doctores singulares, y solo porque las opiniones sean comunes ya os parecerán dudosas; este es el segundo escollo en el uso de las ciencias, efecto del que queda notado en su estudio. Finalmente, si se ha entibiado vuestro fervor con la aplicacion al estudio, si habeis dexado de reparar con la oracion aquella distraccion del espiritu, inseparable de un estudio profundo y continuado, sereis unos Doctores vanos, muy llenos de vosotros mismos, y muy vacíos de Dios. No dareis al Señor la gloria que le es debida, y semejantes á aquellos impíos de quienes habla el Profeta, direis que vuestra lengua se ha señalado por sí misma, y que es vuestra la gracia de vuestros labios: *Dixerunt; linguam nostram magnificavimus, labia nostra á nobis sunt.* (a) Tercer escollo que se halla en el uso de las ciencias, inseparable siempre del escollo que se halla en su estudio.

Santo Tomás, que entró en el estudio de las ciencias por un camino muy diferente, aunque poco usado en todos tiempos, no se aparta de él con el uso que de ellas hace. Entró en este estudio con un generoso desprecio de todas las pretensiones del siglo, y así lejos de ser un Doctor venal, es un Doctor exácto, uniforme, y desinteresado. Nunca habia caminado sino siguiendo la luz de los astros de la Iglesia que le habian precedido, y así lejos de ser un Doctor singular, es, por decirlo así, un Doctor Ecuménico, y universal. Finalmente, siempre juntó la oracion con el estudio, y por eso no obstante haber merecido la mayor reputacion que hombre alguno habia gozado hasta entonces, fué el Doctor mas humilde de su tiempo; y semejante á Moysés, solamente él no reparaba en la fama

(a) Psalm. 19. v. 6.

ma con que resplandecía: *Ignorabat quod cornuta esset facies sua ex consortio Sermonis Domini.* (a)

Fue nuestro Santo un Doctor exácto y desinteresado, que no tuvo mas fin en el uso que hizo de sus estudios que dár á conocer la verdad. A muchos les parecerá corta esta alabanza, pero esperad, Señores, á que os la declare con toda la extension que admiro en ella.

Figuraos el hombre mas consultado de su siglo; el nuevo Esdras, á quien recurren todos para oír la interpretacion de la ley; y el árbitro, y el oráculo de los Grandes de la tierra en sus dificultades y dudas. ¿Qué estado este tan delicado! en todo quieren ser soberanos los poderosos de la tierra; parece que la verdad está tambien sujeta á ellos; es necesario que ésta se halle en donde ellos quieran colocarla; no pueden sufrir contradicciones; y el oponerles la razon, casi es lo mismo que hacernos culpados del delito de traydores; el ayre mismo que se respira junto á ellos tiene no sé que malicia, que desordena toda la constitucion del espiritu; el que lexos de la grandeza, y en la obscuridad de una Provincia se gloria interiormente de su desinterés, ¿experimenta acaso esta misma fuerza y este mismo valor quando se vé expuesto al público? No por cierto; hace que ceda la ley; la acomoda al tiempo, al genio, y á la necesidad; no se atreve á proponer su propia sentencia, y las mas veces sigue la de aquellos á quienes tiene utilidad en agradar: bien lo sabeis, Señor, y en todos los siglos ha habido bien tristes exemplos de esta verdad.

Ahora bien, Católicos, ¿qué orden y exáctitud, qué uniformidad y qué constancia no se hallan en la doctrina de nuestro Santo! En ella se vé claramente, que solo busca la verdad; ¿qué rectitud, quando propone las reglas de las costumbres! No se inclina á la diestra ni á la sin-

(a) Exod. 34. v. 29.
Tom. VII.

Gg

niestra, segun la expresion del Profeta; tan distante vá de aquel áspero é intratable zelo, que quiere hacer baxar fuego del cielo sobre las ciudades pecadoras, y que sin misericordia acaba de romper la caña ya quebrantada, y de apagar la lámpara que todavia humea, que destierra del Evangelio aquella benignidad consagrada con tantas parábolas como en él se hallan, como de aquella indigna condescendencia que apaga el sagrado fuego que Jesu-Christo vino á encender á la tierra, y que en vez de renovar un vestido gastado y podrido, se contenta con aplicarle un remiendo nuevo; que destierra de la moral de Jesu-Christo aquella santa austeridad, que es su espíritu dominante, y sigue siempre aquel prudente medio de que todos se precian, pero pocos saben observar; y aún hoy estamos viendo en las sabias decisiones que nos ha dexado en orden á las reglas de las costumbres, como en el Arca de Israel, la suavidad del Manná, y el saludable rigor de la vara.

Ministros de la nueva alianza, vosotros que estais trabajando todos los dias en construir al Señor Tabernáculos vivos, observad, y gobernaos por este modelo. ¡Ay de aquellos Pastores, dice el Espíritu Santo, que tratan á sus ovejas con un severo rigor, y con imperio; pero desgraciados tambien los que preparan almohadas para que descanse el pecador!

No se les debe ocultar á los hombres la inmensidad de las misericordias del Señor, pero tampoco se les debe dexar que ignoren el santo rigor de su justicia, y lo terrible que es el caer en manos del Dios vivo, antes de haberle aplacado con dignos frutos de penitencia; en una palabra, es necesario instruir á los hombres acerca de la verdad, sin añadir, sin quitar, y sin disfrazarsela. ¡Qué talento es este tan raro! ¡y qué cosa tan peligrosa es el mezclarse en instruir á otros, quando falta este talento!

Tomás poseía este talento singular, y supo conservar-le en medio del favor de los Grandes: Urbano IV. quiso ele-

elevantle á las primeras dignidades de la Iglesia, y le ofreció el Arzobispado de Nápoles; pero semejante á Moysés, se contenta con ser Legislador del Pueblo de Dios, y dexa para otros el honor del Sacerdocio; y no contento con haber rehusado esta dignidad, desconfiando en algun modo de sí mismo, pide al Sumo Pontifice que no le vuelva á dar otras, y que le dexé acabar su carrera en la pobreza y humildad de su profesion. Raro exemplo, ó Dios mio, y que parece inimitable en el siglo presente! ¡Ah! ya no se os pide que renunciéis las dignidades de la Iglesia que se os presentan; esta sería una virtud de los primeros siglos, un heroismo, que si es lícito explicarse así, oy parece propio de los tiempos fabulosos; pero no os atrevais á llegar á ellas por los caminos de la injusticia y de la iniquidad; no os atrevais á comprar el don de Dios; tened valor para resistir á la tentacion de un beneficio, quando para conseguirle es preciso formar tratos y capitulaciones, como si fuera una hacienda profana.

Los Príncipes de la tierra, no contentos con respetar la virtud de nuestro Santo, y concederle su estimacion, le honraron tambien con su familiaridad. San Luis le sentaba muchas veces á su mesa; ¡pero quáles os parece que eran entonces los pensamientos de nuestro Santo Doctor? Oídlo, ó hombres embriagados con la grandeza, y aprended de la insensibilidad de los Santos, el aprecio que hacen de aquel favor de los grandes, que mirais vosotros como á vuestro ídolo: estaba en presencia de un Rey de la tierra, como soleis estar vosotros muchas veces en la presencia del Rey de los Reyes; apenas se acuerda de que está presente el Príncipe; aún en medio de la Corte halla el sosiego de su retiro, y se ocupa en la memoria de sus amados estudios; está profundamente embelgado en ellos; y con un santo desprecio, que debe mirarse como una de las mayores pruebas de su virtud, y del poco amor é inclinacion que tenia á las cosas de la tierra, pronuncia en alta voz, como pudiera hacerlo

en su celda, una nueva conclusion que acababa de inferir contra los hereges: *conclusum est contra Manicheos*: inferid de aquí la impresion que hacia en su alma el favor del Príncipe; y si es creible que él le solicitase.

Bien conozco que los hijos del siglo, preocupados con una falsa delicadeza, mirarán con ceño este pasage de la vida de nuestro Santo; pero aprendan en la misma admiracion de San Luis, que la aparente locura de los Santos es mas sabia que toda la prudencia del mundo.

Pero si el desprecio del mundo hizo á Santo Tomás un Doctor exácto y desinteresado, el desprecio que hizo de sus talentos, le formó un Doctor Ecuménico y universal; y el desprecio de sí mismo un Doctor humilde: de este modo evitó los demás escollos que suelen hallarse en el uso de las ciencias.

El amor á la novedad, peligrosa y delicada pasion de los Sabios, fue siempre el mas constante objeto del aborrecimiento de nuestro Santo. Bien habeis visto, Católicos, con qué cuidado evitó siempre la singularidad en la doctrina, con qué respeto seguía las sentencias de los antiguos Doctores de la Iglesia, en las que se ha derivado hasta nosotros la fé que habian recibido de los Apostoles, y ved aquí lo que en algun modo le ha hecho en la Iglesia un Doctor Ecuménico, y universal, quier decir, universalmente seguido y aprobado.

Roma, París, Nápoles, Bolonia, Ciudades todas tan célebres, le admiraron sucesivamente, y oyeron las palabras de verdad que salian de su boca, y en todas estas partes recibió su doctrina unos mismos aplausos y elogios; en todas partes le admiran, no porque diga cosas nuevas, sino porque cada uno reconoce en sus discursos la fé de sus Padres, y se convence mas y mas con las pruebas solidas y evidentes que oye á nuestro Santo Doctor.

Pero, despues de su muerte ha sido quando Dios con mas especialidad ha glorificado á su Santo, y le ha hecho

Doc-

Doctor universal. En este particular no tengo necesidad de instruiros, Católicos: desde luego se ofrecen á vuestra vista todas las Universidades del mundo, fieles depositarias de su doctrina, y con especialidad la que le formó en su seno, la ilustre facultad de París, mas gloriosa solamente por esto, que por todos los adelantamientos que há tantos siglos que la hacen tan superior á las mas altas Universidades del mundo Christiano. Entre las piadosas y santas Comunidades Religiosas, sagrados escudos que como á otra torre de David rodean la Iglesia, ¿hay alguna en qué sean mas respetadas las decisiones de su fundador, de lo que lo son las de nuestro Santo en materias de fé y doctrina? Pero entre todas las órdenes Regulares, la suya, que ha dado y dá todos los dias tan grandes hombres, tan Santos Pontífices, y tan célebres Doctores á la Iglesia, la Orden de Santo Domingo, que ha ocupado siempre un puesto tan distinguido en el campo del Señor, ¿quál es la principal gloria que hoy tiene, sino la inviolable adhesion á la doctrina de nuestro Santo Doctor? El oráculo del mundo Christiano, la misma Roma, centro de la fé y de la unidad, ha visto muchas veces á sus Soberanos Pontífices descender del Sagrado Trono, y hacer subir á él los escritos de nuestro Santo para terminar las diferencias que turbaban la Iglesia; los mismos Concilios, jueces infalibles y venerables de la doctrina, han formado sus Decretos, gobernándose por sus decisiones; los Sectarios del error jamás han tenido enemigo mas temible, y como los Filistéos, han llegado á desconfiar de poder exterminar el ejército del Dios vivo, mientras permanezca en él esta Arca Santa. *Tolle Thoman, & dissipabo Ecclesiam Dei.* ¿Con qué elogios no han honrado su doctrina los Romanos Pontífices? Sería cosa de nunca acabar, el querer recopilar y referiros las alabanzas que ha merecido en todo el orbe Christiano.

Quisiera á lo menos poderosle representar elevado
al

al mas alto grado de estimacion á que puede aspirar la vanidad mas extremada; conocido y admirado, consultado de todo el universo, mirado como una resplandeciente luz puesta sobre el candelero para iluminar á toda la Iglesia, y al mismo tiempo mas hábil para ocultarse á sí propio su mérito, que nosotros para ensalzar y aumentar el nuestro á nuestra propia vista. Paso en silencio mil pasages prodigiosos de su vida, de que está llena su historia; era tan poco lo que cuidaba de manifestar los tesoros de prudencia y sabiduría de que estaba lleno, que su silencio dió algunas veces motivo para que fuese despreciado, y para que le tuviesen por un ingenio comun y vulgar; no afectaba superioridad alguna sobre sus compañeros, ó por mejor decir, aunque todos confesaban en él una gracia y un ingenio superior, él cuidaba de anticiparse á todos dandolos muestras de honor, y de respeto. ¿Qué cuidado tenia de ordenar todos sus talentos á aquel Señor de quien dimana todo don perfecto, y toda su ciencia al Padre de las luces, diciendo continuamente que lo poco que sabia mas lo debía á la oracion que al estudio? Pero en donde con mas especialidad se conoce el gran caudal de humildad que habia en nuestro Santo, y que al mismo tiempo que cultivaba su espiritu, cuidaba mucho mas de arreglar su corazon, es en la modestia que se observa en todos sus escritos: nunca habla en aquel tono decisivo é imperioso, que queriendo ser seguido de todos, no dá mas prueba de sus razones que su propia autoridad; las altercaciones de la escuela, el calor de las disputas, la variedad de opiniones y doctrinas, nunca le hicieron perder su modestia y compostura; propone con sencillez, y decide con modestia: condena pocas sentencias, y siempre sin ofender; en la inmensidad de sus obras, y en unas materias casi todas disputables, no se advierte ni una palabra que denote la aspereza que suele ser regular en el calor de la disputa, y si edificó con sus

es-

escritos un templo á la verdad, fue, si es licito decirlo así, como Salomón, sin valerse del hierro, y sin usar de los golpes del martillo. ¡Ah! ¿Por qué en los siglos siguientes no se habrán contenido los hombres dentro de estos terminos? ¿Porqué en vez de defender á Jerusalén acometida por todas partes de enemigos, han vuelto las armas unos contra otros? ¿Por qué llamarán tantas veces á la pasion en socorro de la verdad? ¿Qué locura, exclamaba en otro tiempo San Agustin, llorando este desorden, el dar unos golpes mortales á la caridad, por defender una ley, cuyo fin y cumplimiento es unicamente la caridad. *Vide quam stultum sit perniciosis contentionibus ipsam offendere charitatem, propter quam dicta sunt omnia cuius dicta conamur exponere.* Sobre este punto pudiera formar un nuevo Panegyrico á nuestro Santo; pero no acabaria jamás si quisiera manifestar todos los prodigios de su vida, y ya he dicho bastante para nuestra edificacion: Admiraremos sobre todo, Catholicos, la profunda humildad de este Gran Doctor. ¡Ah! Nosotros muchas veces sin fundamento alguno nos ensalzamos sobre los demás; ciegos con nuestro amor propio, que nos oculta unos torpes defectos, vemos en nosotros unas virtudes que en la realidad no tenemos; si el cielo nos ha concedido alguno de aquellos talentos que son raros entre los hombres, inmediatamente queremos que todos nos rindan vasallage, y nuestra vanidad se dá por ofendida de todos aquellos que no nos tributan respetos; ved, pues, Señores, un Santo que reúne en su persona quanto puede excitar el aprecio y la admiracion, los dones de la naturaleza, los de la gracia, y los mas extraordinarios talentos, y con todo eso, en vez de solicitar los respetos y atenciones, si era capaz de manifestarse agraviado por alguna cosa, era por no vivir olvidado y confundido entre el comun de sus hermanos: la humildad es el verdadero carácter de los Santos, esta virtud

es

es la que tanto nos recomendó Jesu-Christo, porque solamente por medio de la humildad nos podemos hacer semejantes á él; esta virtud basta por sí sola, y sin ella nada son todas las demás. Pero ay! entre todas las virtudes esta es la mas rara, aunque parece que debiera sernos tan natural: Porque finalmente, Católicos, si nos conociéramos como en la realidad somos, si no nos atribuyéramos sino lo que verdaderamente hay en nosotros, en una palabra, si nos hiciéramos la justicia que merecemos, ¿qué fundamento hallaría nuestra vanidad en nosotros?

¡Gran Dios! Yo no veo en mí cosa alguna que no me haga vil y despreciable á vuestra vista, y á la de los hombres, y si éstos me conocieran como en la realidad soy, no podría quejarme de sus burlas y desprecios: No obstante esto, vos me prometeis un inmenso caudal de gloria, si defendiendo mi corazón contra la vanidad: Pues yo me humillaré, Señor, mas y mas, seré pequeño á mi vista, para merecer de este modo la gloria inmortal que teneis preparada para los humildes de corazón, que es lo que os deseo. Amen.

SERMON
PARA LA FESTIVIDAD
DE UN SANTO MARTIR,
PATRON DE ALGUNA IGLESIA.

Vos eritis mihi testis.

Vosotros seréis mis testigos. *Actos. i. v. 8*

EL dar testimonio de Jesu-Christo es una obligación indispensable en todos los fieles; y el martirio es el mayor testimonio que Dios puede pedir al hombre, pues no hay cosa mayor que el amor, y el martirio es su consumación y plenitud. Bien sé que este testimonio no es para todos los tiempos, y que ha sido preciso que la Iglesia haya tenido sus tiranos y perseguidores, para que tuviese Mártires y Apostoles; pero así como hay martirio de sangre, le hay también de fé; aunque hayan cesado las persecuciones, y aunque los Césares se hayan convertido en Protectores de la religion que antes quisieron destruir, no por eso están menos obligados los fieles á dar testimonio á Jesu-Christo, como el Santo Martir cuya memoria celebramos en este dia; la paz de la Iglesia que nada quita al mérito de la fé, tampoco dispensa en las obligaciones de ésta; la vida christiana siempre es una vida de combates, de tentaciones, y de trabajos; el Christiano siempre es un Martir, que en algun